INTRODUCCIÓN

La verdad incómoda de Wolfgang Harich

ÀNGEL FERRERO

Wolfgang Harich sigue siendo un nombre desconocido para muchos lectores. Entre quienes lo conocen, el suyo es un nombre maldito. En Alemania, su país de origen, todavía no ha sido absuelto de una de las condenas más grandes a las que fue sentenciado, la de los grandes medios de comunicación, quienes les acusan de tratar de establecer algo así como una «ecodictadura». Pero una cosa debe advertirse desde el principio. Quien se atreva a desafiar las advertencias de la opinión publicada y se adentre en los textos de este autor encontrará en ellos una obra fértil que ha resistido al riguroso examen del paso del tiempo, y que, precisamente por ese motivo, sigue ayudándonos a entender muchos de los problemas político-filosóficos de nuestros tiempos mejor que otras obras recientes.

Esta reedición de *¿Comunismo sin crecimiento?* a cargo de Verso Libros llega, ni que decir tiene, en el momento exacto, cuando la cuestión ecológica se encuentra más presente que nunca en el debate público y ha adquirido una urgencia que algunos –el propio Harich, entre otros– previeron hace décadas. No en vano Manuel Sacristán, que prologó la primera edición en español de este libro, lo calificó de un «ejercicio esclarecedor [sobre] las presentes dificultades del marxismo». Y, como matizó de inmediato, «de las dificultades reales, no de las quisicosas de los literatos y filósofos».

* * *

Harich compartió muchos de los azares de los ciudadanos de la República Democrática Alemana (RDA), cuyas trayectorias personales y profesionales quedaron marcadas por el nacional-socialismo, el socialismo

realmente existente y la reunificación. Por desgracia, Harich nunca legó unas memorias propiamente dichas, aunque sí un intento de autobiografía, que llevó justamente ese título: *Ahnenpaß. Versuch einer Autobiographie* (Schwarzkopf & Schwarzkopf, 1999). Iniciadas en 1972 en colaboración con la periodista alemana Marlies Menge, los desacuerdos entre biógrafo y biografiado dieron al traste con el proyecto. Pese a todo, Harich continuó la redacción del texto en solitario hasta que el quirófano, una intervención en el corazón a la que se sometió en Suiza, le obligó a paralizar este trabajo. La edición de esta, publicada hace pocos años, se complementó con material perteneciente a varias entrevistas, registradas en audio y vídeo por Thomas Grimm durante el otoño de 1989.

Wolfgang Harich nació en 1923 en Königsberg, Prusia oriental (hoy Kaliningrado, enclave ruso), en el seno de una familia burguesa de inclinación socialdemócrata. Su padre, Walther Harich, un conocido escritor e historiador de la literatura, fue el responsable de la edición de las obras completas de E.T.A. Hoffmann, así como el biógrafo de Jean Paul. Durante el periodo de entreguerras, las simpatías de la familia Harich estuvieron del lado la República de Weimar y en contra del nazismo, pero, como muchos alemanes que no pudieron exiliarse, hubieron de contemporizar con la llegada del nuevo régimen. El joven Harich fue llamado a filas en 1941, el mismo año que comenzó la invasión nazi de la Unión Soviética, pero su incorporación al ejército se retrasó hasta el año 1942 debido a sus problemas de salud. Gracias a sus contactos con la embajada japonesa en Berlín –en la que impartía clases privadas de alemán a sus funcionarios– y a su habilidad para simular ataques de ciática, Harich se libró en varias ocasiones de ir al frente oriental y pasó todo el conflicto en hospitales militares en Berlín y Brandeburgo. En 1943, siendo ya miembro del grupo de resistencia antifascista ERNST, Harich intentó desertar de la Wehrmacht, pero fue descubierto por la policía. Tras un juicio exprés de diez minutos, fue condenado a prisión, sentencia que cumplió desde octubre de 1943 hasta enero de 1944 en la cárcel de Torgau, donde durante semanas fue alimentado solamente a base de pan y agua. Las malas condiciones del encarcelamiento le llevaron a sufrir una angina de pecho que arrastraría durante el resto de su vida.

Tras la llegada de las tropas soviéticas a Berlín y el fin de la guerra, Harich trabajó como crítico literario y teatral en el *Kurier* de Berlín occidental (1945-1946), en la zona de ocupación francesa, y en el *Täglichen Rundschau* (1946-1950), en Berlín oriental, así como en el quincenal *Neue Welt*, editado por las autoridades soviéticas, alcanzando la celebridad

gracias a una inusual combinación de penetración analítica y lo que Sacristán llamó «salidas e impertinencias mundanas» –se dice que el filósofo llegó a declararse a la actriz Hannelore Schroth con la fórmula «vivo solo para Stalin y para ti»–, que se convertiría en su marca de fábrica. En 1946 Harich se afilió al Partido Comunista de Alemania (KPD), apartándose así de la crítica cultural y dedicando todo su empeño a trabajar como profesor de filosofía.

Marxista sólido y desde luego poco ortodoxo, Harich se considera a sí mismo discípulo tanto del metafísico Nicolai Hartmann –a cuyas classes asistió en Berlín– como del marxista húngaro György Lukács. Como miembro del Comité de Redacción de *Deutsche Zeitschrift für Philosophie* (1952-1956) –donde coincidió con Ernst Bloch, Arthur Baumgarten y Karl Schröter, entre otros–, Harich luchó contra los postulados del marxismo vulgar y por rehabilitar la lógica formal en la Academia de las Ciencias de la República Democrática Alemana (RDA). Como recuerda Sacristán en el citado prólogo:

> En el ambiente opresivo y empobrecedor de la vida intelectual alemana, los escritos filosóficos y literarios de Harich, su actividad docente, su estilo intelectual de filósofo prusiano bien puesto en su tradición –enriquecida con los injertos de Bloch y Lukács–, incluso sus salidas e impertinencias mundanas […] y, sobre todo, el coraje de su crítica política y social, mucho más natural para él –al fin y al cabo joven y militante comunista– que para sus maduros amigos y colegas, alguno de ellos –Schröter– siempre sin partido, fueron haciendo de Harich un punto de referencia de la oposición al creciente autoritarismo del régimen.

Además de su contribución a la *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, Harich trabajó durante aquellos años como lector en la editorial Aufbau, donde se ocupó de reeditar las obras completas de Lessing, Herder, Goethe, Schiller, E.T.A. Hoffmann y Heine, entre otros. Las autoridades soviéticas se percataron rápidamente de su capacidad intelectual y le confiaron la tarea de devolver a la normalidad la vida cultural en el Berlín Este posguerra. De esta forma, se convirtió en uno de los responsables de convencer a las autoridades de la RDA de la importancia de que Brecht regresase a Berlín, y particularmente a Berlín oriental, a pesar de que entonces los responsables de cultura, que favorecían las teorías de Stanislavski en consonancia con la línea soviética, consideraban que Brecht tenía «teorías formalistas y decadentes».

En junio de 1953, mientras se produce el alzamiento en Berlín Este, Harich se encontraba internado en un hospital por motivos de salud. Lo ocurrido le inquietaba, pero, como a muchos otros comunistas alemanes, veía motivos legítimos en la insurrección de los trabajadores de la construcción. Por esa razón contempló la posibilidad de poner en marcha en Alemania un «titoísmo tolerado y promocionado por la Unión Soviética», una idea que trató de quitarle de la cabeza el propio Brecht, con quien la relación se debilitó progresivamente hasta quedar totalmente rota después de que el dramaturgo sedujese a la esposa de Harich, la actriz Isot Kilian, de la que acabó divorciándose en 1955.

No obstante, Harich encontró apoyo a esta idea entre sus colegas de la editorial Aufbau, destacando especialmente su editor jefe, Walter Janka. Este veterano de la guerra civil española, en la que combatió en el ejército republicano, llegó a ser visto por Harich como un posible sustituto al presidente del Consejo de Estado de la RDA, Walter Ulbricht. El plan del grupo Harich-Janka, al que, siguiendo el léxico togliattiano, bautizaron como una «vía alemana al socialismo» (para toda Alemania, no solo para la RDA), abogaba por alejarse del modelo soviético y aproximarse al yugoslavo, con el establecimiento de sindicatos libres y empresas autogestionadas, para hacer así atractiva la RDA a los trabajadores de Alemania occidental y favorecer una rápida reunificación. La esperanza de Harich era que en las elecciones generales de 1957 un reformado Partido Socialista Unificado de Alemania (SED), como resultado de la fusión entre el KPD y el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) en Alemania oriental, pudiera obtener una mayoría electoral suficiente, formara una coalición de gobierno con los socialdemócratas y finalmente proclamara una Alemania reunificada socialista y neutral. El acercamiento entre la Unión Soviética y Yugoslavia en 1955, con la visita de Nikita Jruschov a Belgrado, y el impacto del informe secreto del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en 1956, en el que Jruschov reveló algunos de los crímenes del estalinismo, así como la subida en Polonia de Władysław Gomulka, un antiguo represaliado, animaron a Harich a seguir adelante con su idea e incluso comunicársela al embajador ruso, quien, temiendo que un intento de reforma en Alemania oriental acabase desestabilizando el entonces frágil equilibrio en el campo socialista y en la propia Alemania, alertó a las autoridades germano-orientales. Tras este suceso, Harich fue detenido y, al igual que resto del grupo, acusado de organizar «un grupo conspirativo enemigo del Estado». El propio Harich recuerda en sus memorias que

la situación internacional hacía muy difícil una operación como la que planteaban, pues se estaba produciendo la insurrección húngara –en la que el Club Petőfi, del que formaba parte Lukács, y muy similar en objetivos al grupo Harich-Janka, jugó un papel destacado– y la crisis del Canal de Suez. Además, Berlín Este tenía todavía una frontera abierta con Occidente que complicaba las cosas. En este contexto, el riesgo de conflagración era enorme.

Janka fue condenado a cinco años de prisión en Bautzen y liberado en 1960 gracias a una amnistía general. Se le impidió regresar a la edición, aunque consiguió un puesto como dramaturgo en la DEFA, la compañía cinematográfica estatal. Harich fue condenado a 10 años de prisión, la mayor parte de los cuales los pasó en una celda de aislamiento en una cárcel de los servicios de seguridad del Interior en Berlín Este. Un año antes de su excarcelación, en 1964, un inspector de la Stasi le advirtió muy seriamente de que su carrera filosófica estaba oficialmente acabada: Harich había sido inhabilitado por las autoridades por un período de 25 años y no podría volver a impartir clases en la universidad. «Pero usted es germanista, piense en hacer otra cosa», añadió. «Políticamente estaba muerto», escribe Harich en sus memorias. «Hice todo lo posible por intentar continuar donde pude», prosigue, «en la edición de Feuerbach, en mi trabajo de investigación sobre Jean Paul, en el intento de lucha contra los sinsentidos del neoanarquismo, en el intento de encontrar una síntesis entre el comunismo científico y las advertencias del Club de Roma, en mi lucha contra el renacimiento de Nietzsche». Con todo, a partir de 1970 también impulsó un pequeño círculo privado de estudios filosóficos en el domicilio de la cantante Gisela May, que fue tolerado por las autoridades hasta que el propio Harich lo disolvió en 1972, coincidiendo con el momento en que uno de sus estudiantes abandonó la RDA.

Cuando la inhabilitación de Harich estaba a punto de concluir, cayó el Muro de Berlín. Pero no solo. Janka publicó un libro, *Schwierigkeiten mit der Wahrheit* [Dificultades con la verdad], acusando a Harich de haber colaborado con la Fiscalía de la RDA. La trifulca acabó con un litigio, pero nada impidió que Harich pasara unos días más en la cárcel, lo que le convirtió en una de las pocas personas –si no la única– en conocer las cárceles de la Alemania nazi, la Alemania oriental y la Alemania reunificada.

Crítica de la impaciencia revolucionaria (1969), uno de los pocos libros de Harich publicados en castellano, es una crítica demoledora de lo que el autor denominó como *neoanarquismo*, epitomado en *Linksradikalismus* [*El radicalismo izquierdista*], el libro de los hermanos Cohn-Bendit, quienes, como es sabido, participaron de manera destacada en los desórdenes estudiantiles en París y la huelga general de seis semanas de duración durante la primavera de 1968 en Francia. En su prólogo al libro, Antoni Domènech –que también fue uno de sus primeros traductores en España, amigo de Harich y divulgador de su obra– señalaba:

> Harich quiere influir en la nueva izquierda cautivada por el neoanarquismo recordándole, por lo pronto, la escasa «novedad» de muchas de sus consignas y formas de lucha; poniéndola ante la evidencia de que está reanudando –sin apenas consciencia de ello– la vieja y venerable tradición anarquista finisecular. […] La *Crítica de la impaciencia revolucionaria*, a diferencia de otros «ajustes de cuentas» marxistas con el anarquismo, no busca primordialmente hostigarlo por el flanco de su concepción normativa del Estado. Harich se cuida muy bien de resaltar que en este punto no hay diferencias de principio entre marxistas y anarquistas. […] Tampoco las diferencias de «ritmo» en punto a la abolición del poder político le parecen esenciales, sino derivadas.

Lo que Harich achaca al neoanarquismo es sobre todo su pensamiento desiderativo, «este opio para socialistas que, mientras pesa como plomo en sus miembros, les engaña con la ilusión de una enorme aceleración del proceso histórico y, sobre todo, de una gigantesca efectividad de la propia acción»; en otras palabras, la impaciencia revolucionaria, la que quiere revolucionar «*simultáneamente, de golpe, todos y cada uno* de los ámbitos de la sociedad, simplemente porque en todos ellos se aprecian los efectos de la explotación, de la opresión y de la manipulación». Esa es la razón, según Harich, «de que el anarquismo antropologice de tan buen grado, esa es la razón de su falta de interés por los análisis económicos». Según el autor, ello conduce en última instancia a que «el anarquismo se enfrente a los problemas políticos más serios con una confusión y una desorientación desconcertantes, mientras que, por otra parte, desarrolle una curiosa predilección por dedicarse fanáticamente a revolucionar aspectos de la vida a tal punto irrelevantes políticamente».

Por ejemplo, en el terreno de la estética. En un paso que no podemos sino citar en toda su integridad, para que el lector pueda así apreciar los

conocimientos en la historia del movimiento obrero y la mordacidad del autor, el neoanarquismo, dice Harich, «reproduce la manía de todos los viejos movimientos radicales de malinterpretar la revolución como un asunto de estilo de vida y de aspecto externo». Y continúa:

> Y cuenta de buen grado al vestido y a la moda de peluquería entre las instituciones a «desestabilizar», sin sospechar que la historia ha superado hace ya tiempo tales chiquillerías: Bebel, Mehring, Lenin, Trotski, Liebknecht padre y Liebknecht hijo, todos ellos se vistieron como ciudadanos normales y corrientes de su tiempo; Plejánov hasta se arreglaba como un *grand seigneur*; cuando iba a una asamblea obrera, Rosa Luxemburg se ponía su más elegante sombrero de plumas de avestruz y Clara Zetkin reservaba para esas ocasiones su mejor vestido de seda. Si quiere retrocederse más en el tiempo, piénsese que ya el más grande y consecuente de los *sans-culottes* no era nada *sans-culotte* en lo que a asuntos de moda respecta: ni siquiera en el año del Terror, en 1793, dejó Maximilien Robespierre de llevar su trenza y su chorrera de puntillas, y no porque diera especial valor a esos atributos de caballero rococó, sino, al revés, porque le traían tan sin cuidado que ni siquiera se le ocurrió prescindir de ellos. Como corresponde a un revolucionario, Robespierre tenía cosas más importantes que hacer: llevar a los enemigos del pueblo a la guillotina, por ejemplo.

Sin embargo, tras revertirse la tendencia en los setenta, con la llegada de «los años de plomo» y el auge de un marxismo autoritario de ascendencia maoísta en Europa occidental (del que formaba parte una dura e injusta crítica a los anarquistas), Harich añadió un epílogo a su libro, pidiendo «que no se tomen a la ligera a los compañeros anarquistas, para que no se olvide su sobresaliente contribución como pioneros de la presente radicalización de la juventud y de la intelectualidad» y, muy particularmente, «para que no cometan *nunca* el error de tomarlos por enemigos del movimiento revolucionario a causa de las abstrusas ideas que profesan y de las actividades objetivamente dañinas que practican».

La *Crítica de la impaciencia revolucionaria* fue, como quedó dicho, escrito como una respuesta a los hermanos Cohn-Bendit. Tras recordar el apoyo de Piotr Kropotkin al gobierno de Kérenski, escribe Harich: «Parece increíble, pero es verdad. Si cosas de este género han podido ocurrir, nadie puede garantizar que el apoliticismo de nuestros actuales antiautoritarios no se acabará rompiendo algún día con alguna toma

de partido igualmente chocante en favor de una política reaccionaria y chovinista al servicio de una guerra imperialista». Piénsese por un momento no solamente en el destino político y filosófico de tantos representantes del 68 francés y alemán, sino en el del propio Daniel Cohn-Bendit, mascarón de proa de aquellas protestas, hoy acomodado eurodiputado de Los Verdes en Bruselas y uno de los más firmes partidarios de «las intervenciones humanitarias» desde la agresión de la OTAN a Yugoslavia en 1999.

* * *

La última nota para situar la aparición de *¿Comunismo sin crecimiento?*, una larga conversación con Freimut Duve, un socialdemócrata germano-occidental, es la aparición de *Los límites del crecimiento* en 1972, un informe de 17 investigadores del Massachusetts Institute of Technology (MIT) realizado por encargo del Club de Roma, una organización no gubernamental con sede en Suiza. Los resultados del estudio alertaban a la opinión pública mundial de que el aumento de la población mundial, la industrialización y el incremento de la polución consustancial a ella, sumados al elevado consumo de los recursos naturales, estaban amenazando, de acuerdo con sus autores, a la continuidad de la vida humana misma sobre el planeta. De no poner fin a estas tendencias, señalaban, la Tierra podría llegar a colapsar a mediados del siglo xxi. *Los límites del crecimiento* fue sin duda el toque a rebato para el movimiento ecologista moderno.

Wolfgang Harich, uno de los muchos intelectuales que leyó aquel informe, quedó impresionado con sus advertencias y entendió rápidamente que la crisis ecológica obligaba a modificar por completo la teoría marxista, ya que ponía límites a la abundancia material con la que el marxismo tradicional había vinculado la libertad comunista y la consiguiente extinción, o abolición, del Estado. En efecto, la nueva situación trocaba las cosas por completo. Según el autor, «características de la República Democrática Alemana, como del campo socialista en general, en las que estábamos acostumbrados a ver desventajas, resultan ser excelencias en cuanto las medimos con los criterios de la crisis ecológica». Y con ello, aseguraba, «mi creencia en la superioridad del modelo soviético de socialismo se ha hecho inquebrantable desde que he aprendido a no considerarlo ya desde el punto de vista de la –por otra parte absoluta– competencia económica entre el Este y el Oeste, sino a juzgarlo, ante todo, según las posibilidades que ofrece su estructura

para sobreponerse a la crisis ecológica, para el mantenimiento de la vida en nuestro planeta, para salvación de la humanidad». Entonces era «posible el paso inmediato al comunismo en el estadio ya alcanzado del desarrollo de las fuerzas productivas; y, a la vista de la crisis ecológica […] urgentemente necesario». Es más, solo un sistema comunista permitiría combinar medidas de emergencia como la limitación del consumo y de la población o el racionamiento de productos a partir de una aplicación estricta del principio de igualdad. El resultado sería un comunismo sin crecimiento, homeostático (en equilibrio), que desplaza el acento del componente libertario al igualitario. En este punto Harich no se alejaba de Marx, quien nunca vio el aumento de la producción como un fin en sí mismo: el horizonte poscapitalista, para Marx, es aquel en el que las necesidades sociales están en el centro de la producción, que a su vez sirve para suministrar valores de uso y cubrir las necesidades sociales e individuales en un régimen basado en la libre asociación de productores. Dado este sistema, Harich proponía:

> distinguir selectivamente entre las necesidades que hay que mantener, que cultivar como herencia cultural, o hasta que habrá que despertar o intensificar, y otras necesidades de las que habrá que desacostumbrar a los hombres, a ser posible mediante reeducación y persuasión ilustradora, pero también, en caso necesario, mediante medidas represivas rigurosas, como, por ejemplo, la paralización de ramas enteras de la producción, acompañada por tratamientos de masas de desintoxicación ejecutados según la ley.

Es precisamente este punto, el realismo de Harich, lo que condujo a uno de los rasgos más polémicos de su programa ecocomunista, el autoritarismo, pues muchas de las medidas que proponía no podrían sino aplicarse con coerción por parte de un Estado socialista, y si la situación de emergencia ecológica, a tenor del autor, así lo exige. Si bien el libro de Harich tuvo una repercusión nada desdeñable en España, Sacristán –quien, como Harich, se interesó vivamente por la cuestión medioambiental– le achacó a tres defectos:

> En primer lugar, es inverosímil si se tiene en cuenta la experiencia histórica, incluida la más reciente, que es la ofrecida por la aristocracia de los países del llamado "socialismo real"; en segundo lugar, el despotismo pertenece a la misma cultura del exceso que se trata de superar; en

> tercer lugar, es poco probable que un movimiento comunista luche por semejante objetivo. La conciencia comunista pensará más que bien que para ese viaje no se necesitaban las alforjas de la lucha revolucionaria. A la objeción (repetidamente insinuada por Harich) de que el instinto de conservación se tiene que imponer a la repugnancia al autoritarismo, se puede oponer al menos la duda acerca de lo que puede hacer una humanidad ya sin entusiasmos, defraudada en su aspiración milenaria de justicia, libertad y comunidad.

A este respecto, habría que estudiarse los avances tecnológicos de las últimas décadas, los cuales, evidentemente, Harich no podía tener en cuenta. Para Sacristán, este ejercicio quizá le hubieran permitido a nuestro autor pensar en una salida democrática para sus ideas, facilitando ese «transitar hacia el comunismo» del que hablaba. De hecho, en una entrevista concedida al semanario *Der Spiegel* y publicada en junio de 1979, Harich matizaba la propuesta y subrayaba que se trataba de la *ultima ratio* en materia medioambiental:

> Sigo manteniendo que hay parámetros de alcance global que solo pueden resolverse con un poder centralizado y que este, en mi opinión, debe contar con plenos poderes dictatoriales. […] No soy un sádico. No me gustan las dictaduras duras, no me despiertan ninguna simpatía. Únicamente anticipo que si todo sigue como hasta ahora, entonces revertir las consecuencias solo será posible con una tiranía terrible, temible. La única alternativa será entonces la autodestrucción en libertad, democracia y economía de mercado o un golpe de timón con medidas muy duras. Entonces quizá venga, como teme el socialdemócrata Richard Löwenthal, un nuevo cesarismo con una nueva guardia pretoriana, que destruya todo lo que se cruza a su paso. El riesgo está ahí. Yo estoy contra esta guardia pretoriana, por eso estoy a favor de un comunismo sin crecimiento.

* * *

Ha pasado ya casi medio siglo desde la aparición de *¿Comunismo sin crecimiento?* Como bien sabe el lector, los pronósticos son hoy aún más sombríos si cabe. El cambio climático ya no es, como entonces, una proyección científica, sino una realidad insoslayable. Con la desintegración del campo socialista y la incorporación a la economía de mercado

global, en diferentes grados, de los Estados socialistas supervivientes, el capitalismo ha alcanzado en la práctica sus límites geográficos y seguramente también sus naturales, forzándolo a adoptar formas de acumulación por desposesión, analizadas años atrás por David Harvey y hoy sobradamente conocidas. El agotamiento de los recursos naturales ha dado pie a lo que el politólogo estadounidense Michael T. Kläre ha calificado de «la carrera por lo que queda» (*the race for what's left*), en la que las principales potencias mundiales no dudan en recurrir a políticas imperialistas que algunos todavía pretenden superadas históricamente: desde las intrigas diplomáticas y las injerencias políticas hasta las invasiones militares a gran escala, pasando por todo un abanico de tecnologías de golpe de Estado «suave», bloqueos comerciales y operaciones de cambio de régimen, todo ello con el fin de mantener el acceso y el control del petróleo y el gas natural, una larga lista de minerales y muy pronto quizás también el agua.

Las medidas para contener la propagación de la pandemia de covid-19 –los confinamientos y el distanciamiento social– dejaron al desnudo las vergüenzas del modelo neoliberal en 2020, pues ralentizaron, cuando no detuvieron abruptamente, las cadenas de producción y suministro, cuyos eslabones con frecuencia se encuentran, debido al proceso de globalización, en puntos muy distantes geográficamente. A esta situación vino a sumarse el fortuito incidente del buque portacontenedores *Ever Given* en marzo de 2021, cuando la embarcación quedó varada casi una semana en el Canal de Suez, bloqueando el tráfico a otros buques en la que es una de las principales rutas comerciales del mundo. Como consecuencia de todo ello, se han producido cuellos de botella en la producción y el desabastecimiento temporal de algunos productos, turbulencias en los precios de la energía, limitado la movilidad y ocasionado pérdidas económicas de dos dígitos en el PIB de la mayoría de economías industriales. La invasión rusa de Ucrania, en febrero de 2022, primero, las sanciones occidentales en respuesta a aquélla, después, y la réplica simétrica de Rusia a éstas, en último lugar, han precipitado la crisis energética y hundido a varias economías mundiales en una recesión cuya onda expansiva se dejará notar en muchos años por venir.

> Este tipo de catástrofes y decisiones políticas, así como las consecuencias que se derivan de ellas, presagian lo que Elmar Altvater llamó «el fin del capitalismo tal y como lo conocemos». *Tal y como lo conocemos* porque el fin de este modelo no significa necesariamente el advenimiento del so-

> cialismo (adjetívese como se prefiera), sino que puede llevar a nuevas formas de capitalismo más alienantes y opresivas que las anteriores –como hace sospechar la retórica sobre «el retorno del Estado» tras la pandemia, en su forma de «capitalista total ideal», como lo llamaría el Engels tardío–, o, incluso, por no abandonar a los clásicos en uno de los pasajes más desapercibidos de por lo demás una obra muy citada, no a una «transformación revolucionaria de todo el régimen social», sino al «exterminio de ambas clases beligerantes».

La cuestión del comunismo y su realización con métodos autoritarios –el aspecto sin duda más incómodo de la argumentación de Harich– adquieren en este contexto una mayor y amarga relevancia. La primera, porque los programas de transición ecológica de los gobiernos occidentales actualmente sobre la mesa no sólo son insuficientes de acuerdo con los puntos de vista ecologistas, sino socialmente injustos, tanto para las clases trabajadoras de sus respectivos países como para con los países en vías de desarrollo, y, siéndolo, se arriesgan a que el ecologismo sea rechazado de plano por estos últimos. Pocos ejemplos ilustran mejor este punto que las protestas de los «chalecos amarillos» en Francia contra un impuesto al carburante. De manera relacionado, en una entrevista inédita para la revista suiza *Positionen. Theoretisches Magazin* (POCH), incluida en esta reedición de *¿Comunismo sin crecimiento?*, Harich establecía el siguiente paralelismo con un debate en la Tercera Internacional.

> ¿Recortes sociales para qué y para quién? Cuando el presidente del USPD Arthur Crispien, en el II Congreso del Komintern, en verano de 1920 en Moscú, expresó que una revolución sólo podía llevarse a cabo si «no empeoraba demasiado las condiciones de vida del trabajador», Lenin le respondió que este punto de vista era contrarrevolucionario por dos motivos: por una parte, la revolución exigía a los trabajadores sacrificios, y, por la otra, no había de olvidarse que la aristocracia obrera, como base social del oportunismo, se había llevado exactamente por ese motivo, para asegurarse mejores salarios, a apoyar a «su» burguesía en la conquista y explotación de todo el mundo. ¿Se prestaba con ello Lenin a un «recorte social» a favor de la burguesía? ¡Por descontado que no, todo lo contrario! Aplique esto análogamente a su problema y entonces se dará cuenta de que POCH hace bien, a la vista del síndrome político-ecológico, en convertirse en altavoz de la conciencia de la

> clase obrera suiza y aclarar en consecuencia: «Sí, estamos preparados, por la supervivencia de la humanidad, a cualquier sacrificio material necesario y a reclamárselo al trabajador, a condición que se haga con el principio de una estricta igualdad, esto es, que en primer lugar los ricos desaparezcan de la superficie terrestre».

Además, los planes de transición ecológica apenas cuestionan el modelo de sociedad de consumo que nos ha conducido a esta situación en primer lugar, y prometen, por si fuera poco, algo que es imposible: mantener con unos pocos cambios ese mismo modelo político, social y económico, con sus estilos de vida asociados, simplemente pasando, en parte o por completo, del uso de fuentes de energía fósiles a otras renovables, así como revitalizando «el ingenuo entusiasmo por el reciclaje, que no tiene en cuenta el consumo de energía que exigen algunos procesos», como criticaba Sacristán ya en 1980. Por decirlo claramente: no es sostenible que exista la misma flota de vehículos de transporte individual, aunque sean eléctricos, ni tampoco que millones de personas posean una colección de dispositivos electrónicos que exigen considerables cantidades de recursos y energía para su producción y su uso, y menos aún cambiarlos con la regularidad a la que nos hemos acostumbrado, como las modas en el vestir. Por otra parte, ¿cómo puede ser sostenible un modo de producción basado en la acumulación de capital?

En tercer y último lugar, como ha señalado el periodista gallego David Rodríguez en un artículo para *Nòs Diario*, estos planes de transición ecológica reposan en una suerte de «propaganda fraudulenta» que lejos de tender a eliminar, mantiene las diferencias entre campo y ciudad: «Parece que estamos frente a la vieja división de roles entre centros y periferias: donde el "centro" son las megaciudades globales y la "periferia" los territorios circundantes, progresivamente vaciados y dedicados a la generación de materias primas, alimentos y energía para alimentar la caldera de estos macronodos demográficos insostenibles». De este modo, escribía Rodríguez, en el discurso "verde" «aumentan las similitudes con el positivismo modernizador del pasado» y «los dos enemigos ancestrales, el positivismo y el ecologismo, se funden en uno y devalúan la vida de los seres humanos concretos que viven y sufren en lugares marcados como modernizables».

En nada ayuda la evolución de los partidos verdes europeos, que en tres décadas han abandonado su posición en la izquierda del espectro político para acomodarse –nunca mejor dicho– en el centro, cuando no

han funcionado como punta de lanza de algunas de las reformas neoliberales más agresivas de los últimos años, como en el caso de Alemania, contundentemente denunciado por quien fuera una de las fundadoras de la formación, Jutta Ditfurth, en *Krieg, Atom, Armut. Was sie reden, was sie tun: Die Grünen* (Rotbuch, 2011). Ditfurth resume bien la utilidad de Los Verdes a la hora de contribuir a la aprobación de ajustes estructurales del estado del bienestar y el mercado laboral o dar luz verde a la primera intervención militar de posguerra al escribir, en una sola frase que es como puñetazo, que «si la guerra contra Yugoslavia la hubiese declarado Helmut Kohl, las calles de Alemania se hubieran llenado de manifestantes por la paz». El politólogo alemán Wolfgang Merkel ha descrito a Los Verdes alemanes como «el partido de las clases medias altas urbanas, si no residentes en metrópolis, con formación universitaria y muy presentes entre la población joven», una generación que ha crecido y se ha formado políticamente entre los dos gobiernos de Gerhard Schröder (1998-2002 y 2002-2005) y los cuatro de Angela Merkel (2005-2009, 2009-2013, 2013-2017 y 2017-2021). La descripción es extensible a los partidos verdes de Europa central y septentrional, allí donde precisamente son más fuertes. Su pasado izquierdista es a veces un pesado fardo que sus dirigentes preferirían enviar para siempre al baúl de los recuerdos, y a veces un viejo y descolorido vestido que puede sacarse de ese mismo baúl a conveniencia. La estructura de la base social de Los Verdes, de sus afiliados así como de sus simpatizantes, ha cambiado en estas últimas décadas, lo que ha permitido al comentarista político del *tageszeitung* Ulrich Schulte hablar de sus alianzas con los conservadores alemanes como de un pacto «entre la vieja y la nueva burguesía».

Por todo lo anterior, Peter Nowak describió hace unos años a Los Verdes en el digital *Telepolis* como «el partido de la nueva fase de acumulación de capital». La argumentación de Nowak merece ser repetida aquí en su integridad. De acuerdo con este autor, «la relación del capitalismo post-fordista con el movimiento ecologista es de naturaleza táctica», ya que «cuando se trata de la industria fósil», éste «adopta los argumentos del movimiento ecologista», pero «cuando se trata del equilibrio ecológico, la cosa cambia». «Es sabido desde hace décadas que la valorización que el capitalismo hace del medio ambiente tiene consecuencias problemáticas», por lo que, continúa Nowak, «la urgencia que ha adquirido la cuestión» ha de enmarcarse a la fuerza en una nueva fase de acumulación por desposesión: «De este modo puede desentenderse del movimiento obrero surgido del capitalismo fósil, y con él, de sus éxitos duramente

conseguidos». Nada más en las antípodas de Harich, quien calificaba ya entonces de «insuficiente» el frente ecologista y llamaba a cercar a «la bestia capitalista» desde tres direcciones diferentes:

> El frente ecologista es insuficiente para el cerco de la bestia capitalista. Esta bestia ha de ser cercada desde diferentes frentes. […] En primer lugar el movimiento obrero, que se opone a los recortes y el desmantelamiento del Estado del bienestar, y que estaría dispuesto a sacrificarse por sus hijos y nietos, pero no por la burguesía. Luego el frente ecologista, que lucha por el mantenimiento de la vida sobre el planeta y bloquea de ese modo el crecimiento económico. El tercer frente es el pacifista, que bloquea una salida militar. Es necesario construir puentes entre estos tres frentes.

Peor aún: la evolución de Los Verdes ha conducido a la aparición, como reacción, de una tendencia nostálgica del capitalismo industrial de posguerra en Europa occidental dentro de la propia izquierda, por una parte, y de otra corriente de corte «aceleracionista», que llama a incrementar el desarrollo de las fuerzas productivas partiendo de un uso escolástico de Marx y sin detenerse a analizar la naturaleza actual de dichas fuerzas productivas, por la otra. Esta corriente está representada, sobre todo, por el manifiesto de *Fully Automated Luxury Communism*, de Aaron Bastani. Harich ya despachó este tipo de ilusiones años atrás al decir que «no hay autoengaño más estúpido que el optimismo científico-tecnológico, como el que se expresa en la siguiente conclusión: "Hasta ahora la ciencia siempre ha encontrado una solución, así que también lo hará en el futuro."» Por la misma lógica, añadía, «alguien a quien hasta ahora los médicos han logrado comprender cómo curar sus enfermedades puede llegar a la conclusión de su propia inmortalidad. A eso mismo se lo denomina una extrapolación inválida».

Todo ello conduce a la segunda cuestión, la del autoritarismo. No se trata ya de hacer, por convicción o por la fuerza, que las élites globales abandonen su consumo suntuario, ni tampoco de un cambio de modo de producción que no puede ocurrir sin violencia ni sobresaltos –como admitieron, con más pesadumbre de la que se cree, la mayoría de socialistas del siglo xx–, sino de un fenómeno nuevo, a saber: que en esta fase del capitalismo tardío no existe una «aristocracia obrera» como sobre la que se teorizaba a comienzos del siglo pasado, sino sociedades enteras en Occidente –y ahora también algunas de las asiáticas– que han sido

educadas durante casi dos generaciones en una cultura, la neoliberal, basada en la disponibilidad inmediata de energía y de prácticamente todo tipo de mercancías, con frecuencia a expensas de otros pueblos que las producen o extraen las materias primas necesarias para su producción para permitir que sus precios sean asequibles a las masas depauperadas en Estados Unidos y la mayor parte de Europa. Hablamos nada menos que de otra economía del tiempo, de otra geografía del espacio y de otra conciencia, opuesta a una ideología que naturaliza las relaciones sociales existentes y exalta el individualismo y la competición, corroyendo todos los vínculos sociales y las históricas formas de organización del movimiento obrero, como el partido y el sindicato, pero incluso otras más inocuas, como el asociacionismo religioso o cívico. Y por si todo ello fuese poco, ¿cómo ejecutar este plan de transformación económica y ecológica y de pedagogía social cuando el reloj corre claramente en contra nuestro? Davis Guggenheim decidió titular a su documental sobre el ex vicepresidente estadounidense Al Gore *Una verdad incómoda* (2006). Pero la verdad incómoda es la de Wolfgang Harich. Quizá nuevos movimientos sociales, con nuevas prácticas organizativas, acaben siendo la proverbial savia nueva que los movimientos socialista y ecologista necesitan para que nuevas formas de democracia radical eviten *in extremis* que se llegue a una situación como la que Harich pronosticaba en su momento.

«¿Cómo ve el futuro de los Estados alemanes? ¿En la unificación o en el mantenimiento de la situación actual?», le preguntó en 1989 Grimm a Harich. «Para empezar, conozco preguntas más importantes para el presente y el futuro que éstas», respondió Harich, «¿Qué ocurre con la catástrofe medioambiental y climática? Si no se controlan estos problemas, y pronto, entonces no importa si la humanidad perece en el capitalismo o en el socialismo, en dos Estados alemanes, en un Estado alemán o en diferentes Estados alemanes».

Barcelona, invierno de 2023